

EN LA BAÑERA

La primera vez tengo quince años y lo hago porque estoy enamorado de Miriam, la Pelirroja. Tiene unas tetas enormes, cuatro pecas en la nariz y encima es testigo de Jehová. Me encantaría hablar con ella, pero no me atrevo a dirigirle la palabra en todo el noveno curso. Miriam sabe lo que siento porque la sigo a todas partes, y no solo en el colegio. Al principio me voy escondiendo detrás de los árboles y me tiro al suelo en plancha cada vez que se vuelve. Ella nota que la espío, claro –no se me da muy bien esto de camuflarme–, pero como tengo fama de rarito no se atreve a hacer nada e intenta ignorarme; sin embargo, cuanto más me ignora ella, más la rondo yo. Una clara noche de mayo llego incluso a colarme en su jardín y a asomarme a su ventana. Está en la cama, leyendo, mientras la espío plantado en medio de un montón de flores. De repente deja el libro, bosteza y cruza su mirada con la mía. Me observa en silencio, asustada, mientras yo agito la mano en un gesto algo confuso y salgo a todo correr.

Sé muy bien que jamás estaremos juntos, pero parte de mi ena-

moramiento se debe precisamente a eso, a que no me quiere. En este período de mi vida me masturbo cinco o seis veces al día. La verdad es que me la voy cascando por todas partes, hasta en las flores de su jardín. Søs, mi hermana, está un poco preocupada porque siempre ando encerrado y con aire misterioso, pero solo estoy cachondo, eso es todo.

Estamos en clase de lengua. No aparto los ojos de Miriam, que me devuelve las miradas con cierto nerviosismo. El profesor ya me ha llamado la atención varias veces, no por mirarla sino por estar en el limbo. Vislumbro levemente el borde de sus bragas; y si hay borde de bragas, eso es que también hay bragas; y si hay bragas, eso es que, además, hay culito y chocho. Yo no me doy cuenta, pero la mano se me va hacia la entrepierna, me desabrocha el pantalón y me la saca. Miriam, la primera en descubrirlo, pone cara de asco. En menos de una décima de segundo vence el miedo que le inspiro, atraviesa el aula a la carrera, me propina un sonoro bofetón, ZAS, y sale a escape dejándome perplejo, desesperado, con la cara al rojo vivo y sin saber por qué toda la clase me grita «guarro». De pronto el de lengua me agarra y empieza a zarandearme.

—Guárdate eso, pequeño pervertido.

Estoy atónito.

—Que me guarde ¿qué?

Él, que lo interpreta como una provocación, pierde la cabeza y me da otro tortazo en el mismo lado que Miriam. ZAS. ¡Si no he hecho nada! ¡Por qué me pegan! Me pongo en pie de un salto y le atizo. No soy un chico grandote, pero sí fuerte, y acierto de lleno. PLAF, y adiós nariz. La sangre salpica a chorros. Se queda paralizado. Le arreo otra, BUM, en toda la sien, y se cae redondo. Me vuelvo a mirar a mis boquiabiertos compañeros. Las chicas chillan, hay gente que huye. Con la mirada rabiosa, grito:

—¡Gusanos!

Algo había que gritar, ¿no?

De repente, alguien me hace un placaje por la espalda. Es Jesper, el héroe de la clase porque juega al balonmano en la selección nacional sub-18. Rodamos por los suelos. Aunque es más grande que yo, acabo encima de él y, sentado en su pecho, le inmovilizo los brazos con las piernas. Me dispongo a soltarle una hostia cuando me doy cuenta de que mi polla se interpone entre su cara y yo. Entonces comprendo lo que ha pasado. Me levanto, me la meto rápidamente y salgo a todo gas. Nadie me sigue ni intenta detenerme. ¿Para qué? Están encantados de que se largue el pequeño pervertido. Quiero llegar a mi casa y borrar mi humillación.

Lo siguiente que recuerdo es estar en la bañera cortándome las venas. Observo con asombro la sangre que me corre por las manos, pero después me sumerjo en el agua sonriendo con una agradable calma. Søs aún no ha tenido noticias del colegio, así que no sabe lo que he hecho. Al llegar a casa corre, como siempre, directamente hacia el cuarto de baño (suele aguantar todo lo que puede para no tener que mear fuera de casa). A mí se me ha olvidado echar el pestillo, así que abre la puerta de par en par, va hacia la taza y chillá. Se lo hace en el suelo y se queda unos instantes balanceándose en medio de un charco de meados, agua y sangre. Luego reacciona y me salva la vida, como tantas otras veces más adelante. Durante los tres días que paso ingresado a causa de la masiva pérdida de sangre no se aparta de mi lado ni un instante.

Tardo mucho en volver a enamorarme.

¿CÓMO VOY A QUEDARME HUÉRFANO A LOS TRECE AÑOS?

Cuando yo tengo trece años y Søs veinte papá se estrella como un torpedo contra un coche. Al otro conductor no le ocurre nada grave, una pierna rota y ya, pero mamá y papá se matan los dos. Mamá muere en el acto, se parte el cuello y queda casi intacta. Papá, en cambio, pasa primero por varias horas de quirófano a consecuencia de sus gravísimas lesiones y queda reducido a un amasijo sangriento. En el hospital, a diferencia de mi hermana, yo me siento tranquilísimo y no me planteo ni por un instante la posibilidad de que no sobreviva. Claro que va a sobrevivir; como que si no, nos quedamos sin padres. Cuando nos comunican su muerte me niego a creerlo. Tienen que ir a comprobarlo, cómo voy a quedarme huérfano a los trece años. Pero no, no se habían equivocado, y ese es el comienzo de mi dolor de estómago. No suele ser muy intenso, más bien una sensación, como un nudo al apretarse. Cuando está muy tirante gimo y gruño. No le digo nada a Søs, bastantes quebraderos de cabeza tiene ya.

CRÍTICA APARECIDA EN EL *Jyllands-Posten*

Grith Okholm: *Rendida a tus pies*

Un talento que va a más. Las hermosas canciones de la artista más hermosa del panorama musical

Por Henrik Vestergaard Nielsen

El año pasado Grith Okholm con su primer álbum, *Todo cambia*. Gracias a su frágil encanto de emergió de la nada musical y se *muchachita* y a un sex-appeal que convirtió en toda una revelación

han llegado a comparar con el de la mismísima Brigitte Bardot, de la noche a la mañana esta cantautora se ha visto proclamada mayor talento musical de la historia de Dinamarca y ha sabido conquistar un puesto de honor en el corazón musical de los daneses, que nunca hemos sabido resistirnos a una auténtica belleza.

Por eso este nuevo álbum, que se enfrenta a la maldición de las segundas partes, ha de demostrar si ese talento es real o solo fue flor de un día. *Rendida a tus pies* es aún mejor que su acertado predecesor y por su música, sus letras y su atmósfera no tiene nada que envidiar a las grandes estrellas internacionales. Todo es mejor en un

disco que va a entusiasmar a grandes y pequeños.

Rendida a tus pies reúne once bonitos temas que podremos co-rear en las cálidas noches veraniegas y que nos harán entrar en calor tras la llegada del frío. Puede que el encanto sea la principal baza de unas canciones que se adentran con elegancia en los derroteros del amor y sus hermosas banalidades. Grith Okholm se ha convertido en una estrella muy querida en muy poco tiempo y su disco nos explica con la mayor naturalidad por qué va a seguir siéndolo en los años venideros. Ya es un gigante de la música danesa, y un servidor se inclina humildemente a sus pies.

Mamá graba doce discos de estudio y varios más en directo que no venden menos de cien mil copias cada uno. *Rendida a tus pies* fue su trampolín a la fama. Hasta la fecha ha vendido 493.000 ejemplares sin contar los de Suecia y Noruega. Por Navidad sale a la venta un recopilatorio con todos sus discos más otro de canciones inéditas –es decir, demos y canciones desechadas– por 399 coronas. La caja se convierte en el regalo del año y una década después de su muerte lleva vendidas casi 200.000 unidades, lo que me hace aún más rico. Søs y yo heredamos millones a la muerte de mamá (y de

papá), pero ¿de qué nos sirven? Søs los invierte en pisos por todo Copenhague. Al comprarlos antes del boom inmobiliario, de pronto se encuentra con que valen cuatro veces más que cuando se hizo con ellos. En otras palabras: soy rico, poseo inmuebles y todo tipo de cosas, pero nunca me han interesado demasiado mis finanzas porque nunca me ha hecho falta.

MAMÁ

Morir con solo cuarenta y un años no perjudica a la popularidad de mamá, aunque de haber seguido con vida hoy en día, también habría gozado del cariño del público. Después de todo, escribió algunos de los temas más pegadizos y conocidos en Dinamarca. Hace tres años el diario *Berlingske Tidende* organizó una votación para elegir las cincuenta mejores canciones nacionales. Ganó «Kvinde min», de Gasolin, pero mamá consiguió incluir en el *top ten* nueve canciones suyas –más que nadie–, tres de ellas («Contigo», «Lo que esconde el corazón» y «Tempestad»); la tercera, la séptima y la octava, respectivamente.

Mamá quiere sacarle el máximo partido a su carrera, de modo que actúa sin parar y por todas partes. Hasta las vacaciones las planeamos al hilo de alguna gira por Suecia o por Noruega, donde también es famosísima. Nuestras vacaciones nunca son como las de todo el mundo, de esas de quedarse tirado en la playa o ir a ver ruinas. Cuando vamos a Noruega pasamos algún día en la nieve, claro, pero siempre dentro de un viaje que tiene que hacer mamá. En general las críticas son muy buenas, porque cuando sale al escenario lo da todo. En su última gira, *Gaffa* publicó una mala escrita por un joven crítico, Hans Henrik Fahrendorff, que tachó uno de los conciertos de «flojo y chapucero». Aunque había otras veinte críticas que calificaban ese

mismo concierto de «fantástico y arrollador», mamá rompió a llorar. Papá aguantó hasta quedarse solo para llamar al crítico y prohibirle que volviera a escribir una línea sobre ella en toda su vida.

Cuando mamá no está ante su público desconecta para ahorrar energías. Ve mucho la tele o se encierra a escuchar música a todo volumen. Las canciones que oye no se parecen en nada a las que canta. Le gustan Iron Maiden, AC/DC y, con el tiempo, también Metallica. No hay que darle la lata, necesita descansar. Søs, que se lo toma muy en serio, se encarga de impedirme que vaya a molestarla sin motivo, porque no hay motivo para molestar a mamá. Si quiero algo, tengo que decírselo a mi hermana. A veces llamo a la puerta del despacho y Søs me aleja de allí a rastras, se sienta conmigo y me pregunta: «¿Qué ocurre, cielo?». La primera vez que me llama *cielo* resulta un poco chocante (no tiene más que once años), pero enseguida me acostumbro.

El único sitio al que mamá nunca va a tocar es Tarm, el pueblo donde nació. Por más que tratan de convencerla, siempre se niega. Aunque le ofrecen cantidades astronómicas por una sola actuación en el polideportivo, no hay manera de hacerla regresar. Cuando al fin se convencen de que no pueden tentarla con dinero, lo intentan por vías alternativas. El pueblo entero decide rendir homenaje a su carrera con un macrofestival. Cuando los preparativos ya están muy adelantados y le desvelan el plan, dice que no está interesada. Obviamente, si la invitada de honor no se presenta, a la porra el festival. La decepción en Tarm es enorme. Tras numerosos intentos inútiles de persuadir a mamá para que vaya, el alcalde de turno —un granjero de cerdos con el pelo canoso— prueba con nosotros; viaja hasta Copenhague y se presenta en casa.

—Buenas, me llamo Bjarne Andersen. Soy el alcalde de Tarm.

Mamá le mira asombrada y le pregunta:

—¿De dónde ha sacado nuestra dirección?

—Me la ha dado la secretaria de su discográfica —admite ruborizándose—. Me pareció mejor que hablásemos cara a cara en lugar de comunicarnos por carta.

Es un hombre muy humilde, un anciano que se sonroja, y a mamá le da lástima. Le invita a pasar y le escucha amablemente. Hasta le invita a comer. Le da esperanzas, pero al final no le queda más remedio que negarse y el alcalde regresa a casa con una nueva derrota. Por lo que cuentan, eso le empujó a abandonar la política.

PAPÁ

La única persona del trabajo a la que papá ve en su tiempo libre es el tío John. Los dos son carteros. A papá le molesta haber acabado de cartero en el barrio de Nørrebro mientras a mamá la adora toda Dinamarca, sobre todo porque en las revistas siempre le sacan de uniforme. Los fotógrafos le persiguen y le tiran de la bici para hacerle fotos mientras intenta atrapar las cartas al vuelo. Se siente patético, aunque a mamá no se lo parece. A ella le da lo mismo a qué se dedique, siempre que esté a su lado y, desde luego, lo está; cada segundo que vive, vive por ella, cada bocanada de aire que respira, la respira para ella.

El tío John no es nuestro tío —papá y mamá son hijos únicos—, pero le gusta que le llamemos así.

—Es bonito que me llamen tío, Allan; es casi como ser de la familia.

En vista de que papá no reacciona, John lo repite:

—Casi como ser de la familia, Allan.

John es un tipo regordete de la edad de papá que vive con sus padres y le tiene un cariño inmenso, pero no es amigo suyo. Es algo más que un compañero de trabajo y algo menos que un amigo.

Papá le escucha, pero jamás le habla de sus problemas, y John no se inmiscuye si no es estrictamente necesario. Aun así, es lo más parecido a un amigo que tiene. Papá es así con todo el mundo menos con mamá. Un día le cuento que en el colegio me acosan. Él me escucha, asiente muy serio y dice:

–Pues venga, Nikolaj, que no lo hagan más.

Eso es todo.

CÓMO SE CONOCEN

Los padres de mamá son pietistas, de modo que la educaron creyendo en Jesús y en un Dios muy estricto. Sin embargo, en opinión de mamá el abuelo es creyente porque así tiene motivos para echar regañinas. Para su desesperación, mamá va por ahí besándose (mucho) con chicos, en parte como protesta, pero también porque le encanta que le digan lo maravillosa que es. Su sueño es huir a Nueva York o a Londres, aunque Copenhague tampoco estaría nada mal; la cuestión es perder de vista al abuelo.

Papá también es de Tarm, pero él tiene decidido instalarse en Copenhague. Es hijo único, sus padres han muerto y no tiene amigos demasiado íntimos, de modo que ¿por qué quedarse en un pueblo que ofrece tan pocas posibilidades? No entra dentro de sus cálculos acabar convertido en un cómico apéndice de mamá.

La conoce en su fiesta de despedida. Se habían visto por la calle, pero la cosa no había pasado a mayores. Ella se ha autoinvitado. Papá tiene veintidós años, es guapo, está a punto de marcharse y oficialmente es el alma de la fiesta. Mamá tiene dieciséis, es preciosa, debería estar en su cuarto, pero se ha escapado, y no tarda en convertirse extraoficialmente en el alma de la fiesta. Todas las fiestas tienen una extraña tendencia a girar en torno a ella. Papá y mamá

no habían hablado nunca, pero esa noche no hablan con nadie más. Mamá no le quita ojo, va a ser su salvador. Cuando todos se van, ella se queda y papá no logra explicarse cómo ha conseguido quedarse solo de pronto con esta preciosidad de tetas risueñas.

—Allan, ¿me llevas contigo a Copenhague?

—Claro que sí—contesta él, estupefacto al ver lo fácil que ha sido tomar esa determinación.

Mamá se relaja y papá la siente pequeña e indefensa entre sus grandes brazos. Hace ocho horas que se conocen y ya han decidido irse a vivir juntos. La besa y ella contiene la respiración mientras él le desabrocha los pantalones. Ha besado a muchos chicos, pero solo llega hasta el final con papá.

Cuando anuncia que se marcha (y lo anuncia con un aplomo pasmoso ahora que tiene a papá para defenderla), el abuelo se pone hecho un energúmeno. Solo tiene dieciséis años, no va a ir a Copenhague ni a ningún sitio. La llama cosas que un padre no debería llamar a una hija. No es la primera vez, pero sí la peor hasta la fecha. Mamá se escapa de casa varias veces y busca refugio en papá. Él detesta que sea todo tan difícil; se van a ir a vivir juntos, eso está claro, pero siempre que acude a él la obliga a volver y tratar de arreglar las cosas de un modo civilizado. La quinta vez que vuelve a casa cabizbaja, se encuentra al abuelo esperándola con mirada asesina. Empieza con gritos y amenazas, ¿creerá que va a enderezarla a base de palabras? Llevan amenazándola con el infierno toda la vida. Mamá le devuelve los gritos y el abuelo se quita el cinturón. No tiene por costumbre pegarle. A veces le da un bofetón si se muestra insolente o respondona, pero jamás había llegado a tanto. Le da una azotaina mientras la abuela lloriquea sin poder hacer nada. La abuela no es mala. Es débil.

ZAS.

—Pide perdón ahora mismo.

ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS.

–Que te den.

ZAS ZAS.

–Pide perdón.

ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS.

–Que te den.

ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS ZAS y, de pronto, la puerta se abre de par en par en medio de un gran estruendo. Es papá, que tras seguir a mamá ha decidido quedarse rondando por allí. No le cabe la menor duda de que sus gritos iban dirigidos a él y su reacción es fantástica. Le arranca el cinturón de las manos al abuelo y le manda de un empujón a la otra punta del cuarto. Ahí es cuando mamá se enamora de él de verdad, jamás se ha sentido tan feliz como ahora al ver a papá zurrándole la badana al abuelo con su propio cinturón. Cuando acaba –y tarda un buen rato–, resopla y se endereza con un aire muy viril.

–Nos vamos. No volveréis a ver a Grith. Ahora es mía, ni se os ocurra acercaros.

Y, dicho esto, se marchan.

Mamá no lleva consigo otra cosa que el amor de su vida y su oración de la noche. Detesta a la gente que hace ostentación de su fe, pero continúa rezando. Es posible que no sea más que un hábito al que le cuesta renunciar, pero reza todas las noches porque la ayuda a calmarse antes de dormir.

Papá y mamá esperan que los abuelos les echen encima a la policía, pero ellos, al parecer, deciden que no vale la pena armar tanto jaleo por una hija. El caso es que cuando los conocemos ya está muerta mamá y no es ella quien les interesa, sino yo.

A mamá le encanta Copenhague y se pasa las primeras semanas yendo de un sitio a otro y sentándose a ver gente. Nunca se cansa

de observar a los desconocidos que pasan. Siempre hay un alma caritativa que se acerca a preguntarle: «¿Te encuentras bien?», y ella dice sonriente: «Me encuentro de maravilla».

Un día, mientras ve pasar a la gente, tararea. De repente, añade unas palabras a sus canturreos y así nace «Contigo». ¡Ha hecho una canción entera y ha sido bien sencillo! Al cabo de un par de días se decide a cantársela a su novio. La canción es para él, pero a mamá no le parece buena porque ella le quiere mucho más de lo que su cancioncilla puede expresar. Cuando papá vuelve del trabajo, le dice que tiene un regalo para él. Tiene que sentarse y guardar silencio. Está nerviosa, le tiembla todo el cuerpo. Papá, en cambio, está desconcertado. No entiende qué regalo es ese que exige que se calle, sobre todo porque mamá no se decide a lanzarse.

—¿Dónde está el regalo?

Mamá pierde los nervios.

—Te he dicho que no hablaras. ¡Lo has estropeado todo!

—Perdona —se disculpa él, más desconcertado si cabe.

Pasan otros cinco minutos en medio de un embarazoso silencio. Es el regalo más raro que le han hecho en su vida hasta que, de repente, oye las primeras notas tensas que salen de la boca de mamá. Canta con los ojos cerrados para no verle la cara y cuando termina se queda un buen rato así esperando unas palabras amables, pero papá no dice nada. Palurdo jutlandés, ¿por qué no puede fingir que le ha gustado? Abre los ojos. Está a punto de pedirle perdón por la birria que le ha cantado cuando ve que está llorando. Al fin papá logra balbucear:

—Coño, cómo te quiero. Qué bien cantas, joder.

Mamá no cree que lo esté diciendo en serio y le quita importancia al cumplido con una sonrisita bobalicona, pero él le sostiene la mirada y asegura con firmeza:

—Es lo más bonito que he oído en mi vida.

Al percibir la seriedad que encierran sus palabras, mamá no sabe dónde meterse.

Al cabo de cinco meses, su canción ocupa el primer puesto de la lista de *singles* más vendidos y el mérito es de papá, porque ella sola jamás habría hecho nada al respecto. Él se siente orgulloso, pero poco a poco también empieza a molestarle que lo primero siempre sean las necesidades de mamá. Cuando al fin se decide a protestar tienen una discusión terrible que termina en que mamá se marcha dando un portazo. Pasa fuera dos días. Papá está deshecho, pero ella regresa, claro, y todo vuelve a ser como antes. Lo hace a menudo, se marcha y solo vuelve cuando él está destrozado. En una ocasión desaparece una semana entera y él se pasa siete noches seguidas sin dormir. ¿Son felices? No, pero no pueden vivir el uno sin el otro. Lo que ocurre es que eso no basta para hacerlos felices.

EL COLEGIO

Mamá tiene veintiún años cuando nace mi hermana, antes no hay tiempo. Empieza a hablar de hijos a los diecisiete, pero luego se interpone su carrera. Con el paso de los años se cansa de los conciertos y llega el momento de pensar en un bebé, de modo que se podría decir que Søs es una hija-intermedio. No tarda en aprender que no hay nadie que se ocupe de sacarle las castañas del fuego, por eso siempre ha insistido en hacerlo todo sola. Al contrario que mi hermana, yo nunca he tenido que arreglármelas solo. Tengo a Søs.

Mamá siempre ha manejado la fama con la mayor naturalidad. A mí, en cambio, siempre me ha pesado como una losa. El primer día de colegio, Kathrine, la Larga, y Vibeke, la Cumiaja, descubren quién soy y me cantan «Lo que esconde el corazón» para hacerme

rabiar. Yo me llevo un berrinche y en cuanto los demás lo notan quedo condenado a ser objeto de sus burlas. Me acostumbro al dolor. Como casi siempre ocurre lo mismo, acaba convirtiéndose en una rutina. Sé que cuando Morten me vea me dará un puñetazo en el brazo. Sé que en cuanto Pernille abra la boca será para contarme que su padre dice que mi madre es una puta. Sé que cuando cuchichean es porque traman algo. Llega un momento en que ya no reacciono ni siquiera cuando me pegan; si me vuelvo insensible, no pueden hacerme daño. También ayuda que mi hermana sea mi ángel vengador. Un día que Morten me golpea, le suelta una patada en la espinilla. Una preciosidad de sexto que se acerca con decisión a un mocoso de primero.

—Hola, ¿tú has pegado a mi hermano pequeño?

Y, antes de que le dé tiempo a contestar, Morten cae al suelo entre chillidos.

En noveno la mandan a un internado de los alrededores de Frederikshavn. Como no quiere abandonarme entre mis verdugos, les suplica a mamá y papá que la dejen quedarse en casa, pero no sirve de nada; los profesores dicen que es una niña conflictiva y mamá y papá deciden hacerles caso.

Me llama todas las noches y le cuento que he hecho amigos, que ya no me hacen rabiar y que el colegio es genial. Ella me escucha asombrada cuando le hablo del nuevo compañero con el que acabo de ver la 2 de *Terminator*.

—¿Y cómo se llama?

—Kenneth, el que vive en el 16.

—Pero si es mayor que tú...

—Solo dos años.

Søs se lo piensa un buen rato, pero por suerte decide decir:

—Me alegro de que tengas un amiguito, cielo.

Hago más amistades mientras está en el internado, amigos

maravillosos que me defienden, y ella desea con toda su alma que sea cierto. Lo hago por mi hermana, para que no se avergüence por no poder protegerme. Es la primera vez que me siento solo de verdad.

El regreso de Søs es una auténtica bendición. Ese verano somos inseparables, no veo a nadie más que a ella y ella no ve a nadie más que a mí. Hasta dormimos juntos. Nos sumergimos bajo el edredón y me apachurra con fuerza. No me sirve de gran cosa en el colegio porque ella ya empieza el instituto, pero cuando vuelvo a casa puedo contar con ella y el tiempo pasa volando.